

Leg. 8.º paquete B. 609
h. 74
Filología médica.

SOBRE EL GRADO DE CERTIDUMBRE MEDICA.

DISCURSO

leído en la universidad central, en el solemne
acto de recibir la investidura de
doctor en la facultad de
Medicina,

POR

EL LICENCIADO

DON ANTONIO PRATS Y BOSCH.



MADRID:

UVA BHSC LEG. 08-1 n.º 0609
IMP. DE D. BERNABÉ FERNÁNDEZ, BARCO, 6, BAJO,

1860.

SORRE EL GRADO DE CERTIDUMBRE MEDICA.

DECIERTO

todo en la universidad central, en el examen
acto de recibir la investidura de
doctor en la facultad de
Medicina.

14

EL CERTIFICADO


DON ANTONIO PRATS Y BOSCH.



UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0609

SOBRE EL GRADO DE CERTIDUMBRE MÉDICA.

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0609

U/Bc LEG 8-1 nº609 HTCA

1>0 0 0 0 2 8 6 4 1 3

SURVEILANCE ET STATISTIQUE GÉNÉRALE DE LA SANTÉ PUBLIQUE

DE LA RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0609

SOBRE EL GRADO DE CERTIDUMBRE MEDICA.

DISCURSO

**leido en la universidad central, en el solemne
acto de recibir la investidura de
doctor en la facultad de
Medicina,**

POR

EL LICENCIADO

DON ANTONIO PRATS Y BOSCH.



MADRID:

IMP. DE D. BERNABÉ FERNANDEZ, BARCO, 6, BAJO,
UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0609
1860.



SOBRE EL GRADO DE CERTIFICADO MEDICAL

DISCURSO

leída en la Universidad Central, en el sistema

este de recibir la licenciatura de

doctor en la Facultad de

Medicina

EL EXCERPTO

DON ANTONIO PRATS Y BOSCH



UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0609

Excmo. e Ilmo. Sr.

En el transcurso de los siglos la Medicina , siguiendo la suerte de la Filosofía ha atravesado por un sin número de vicisitudes. Los sistemas fundados por una revolucion científica , han sido derrocados por nuevas revoluciones que han cambiado en un dia la faz de la ciencia ; y las teorías admitidas con entusiasmo por una escuela , han sucumbido para hacer lugar á nuevas teorías nacidas á la sombra de otras escuelas. El hombre , pues , que estudia estas revoluciones científicas para buscar en medio de sus ruinas la certidumbre médica , es preciso que vaya siempre guiado por la an-

torcha del criterio , para no dejarse seducir por los halagüeños colores de algunos de los sistemas que se le presentan al recorrer la historia de nuestra ciencia.

Al leer sus páginas tropieza desde luego con el *dogmatismo* ; con sus hipótesis mas brillantes que bien fundadas ; mas allá se encuentra con el *metodismo* con su aparente sencillez teórica y sus inmensas dificultades prácticas ; no muy lejos se le presenta el *empirismo* que , mirando con desden las abstracciones del dogmatismo , no admite mas guias que los sentidos y la analogía ; á poca distancia divisa el *eclecticismo* que con pretensiones de sistema , no es mas que un monumento que caracteriza los períodos de transicion que suceden á las grandes revoluciones ; y , por último , salvando el espacio de una porcion de siglos , se encuentra con el *brownismo* y el *fisiologismo* , con el *vitalismo* y el *materialismo* , verdaderas reproducciones de los sistemas antiguos rejuvenecidos y adornados con los atavios que han introducido los adelantos modernos.

Y cuando ha estudiado profundamente estos sistemas para desentrañar lo que la Medicina tiene de verdad , y no fiando en su propio criterio , quiere saber el juicio que de ellos han formado los hombres eminentes que la profesan , por un lado ve á los médicos de fé sincera mostrándole la confianza que tienen en la ciencia y la certeza que descubren en sus principios que algunos pretenden igualar á los matemáticos ; mientras que por otro lado aparecen otros no menos distinguidos proclamando que el escepticismo es el estado de la ciencia. Los que pretenden dotar á la Medicina

de una exactitud matemática, le brindan con un cuadro seductor que tal vez el tiempo y la práctica cuidarán de oscurecer : los del campo contrario le ofrecen otro sombrío, que acaso los años se encargarán de reverdecer.

Pero mientras llega este tiempo, es preciso que adopte una decision terminante ; porque así lo exige su dignidad, porque así lo requiere su ministerio, porque así lo demanda la salud de los enfermos que se le han de encomendar. Y aquí empiezan las dificultades de que está sembrada la práctica de la Medicina. ¿Se decide por la primera opinion y entra por la via que le enseñan sus partidarios rodeada de esperanzas seductoras? Pues no pasará mucho tiempo sin que un desengaño amargo desvanezca en un momento las dulces ilusiones que se forjára al creer con fé ciega en la exactitud matemática de la ciencia á que se dedicó. ¿Se decide por la segunda apesar de las nieblas y de la densa obscuridad que la rodean? Pues ya puede cruzarse de brazos ante el lecho del dolor, y dejar que la muerte le arrebatase uno á uno los enfermos que la Providencia le confiara. ¡Triste es decirlo! por ambos caminos dará grandes tropiezos, aunque por razones diametralmente opuestas. Si cree en la certeza matemática de la Medicina, quedará deslumbrado como el que mira fijamente al sol : si adopta de una manera impremeditada el escepticismo, andará á ciegas, como el que camina en la mas profunda obscuridad.

¿Qué es lo que ha de hacer, pues, en tan grave conflicto? ¿Sucedará aquí lo que en todos los sistemas extremos

y la verdad, que en vano se busca en ellos, se albergará, tal vez, modestamente en el justo medio?

He aquí lo que me propongo indagar en el presente escrito. Para ello intentaré demostrar lo poco fundado y lo muy perjudicial que es el escepticismo en Medicina; pasando luego á manifestar que si bien tiene esta la certidumbre que es propia de su objeto, no pueden llegar sus aspiraciones laudables á la exactitud matemática que han pretendido darle los partidarios del *método numérico*.

Difícil es la tarea en que me he empeñado, sobre todo si se tiene en cuenta que la refutación del escepticismo ha sido trazada por talentos de primer orden y por plumas tan bien cortadas como la del ilustre Cabanis (1). Satisfecho quedaré si tan solo me es dado ser el eco de las elocuentes voces de tan insigne ingenio; porque si consigo reproducir sus felices ideas, estoy y puedo estar seguro de que cumpliré mi cometido. Confío, sin embargo, que si no consigo mi objeto, vuestro saber y vuestra ilustración suplirán á mi talento, y vuestra nunca desmentida indulgencia disimulará los defectos de este discurso cuyo objeto es de tan alta importancia.

El *escepticismo* en Medicina, lo mismo que en filosofía es la duda perenne, es la vacilación continua, es la nega-

(1) Del *grado de certeza en Medicina* trad. de D. P. F. Monlau: 1 vol. Barcelona; 1832.

cion de todos los principios teóricos y prácticos, es, en una palabra, el aniquilamiento de la ciencia. El escéptico borra de una sola pluma todas las conquistas que el genio ha hecho á fuerza de ímprobos trabajos en el transcurso de los siglos, y deja la ciencia reducida á una tabla rasa en la que nada tiene intencion de escribir.

Véase, pues, cuan equivocados van los que han querido equiparar al empirismo racional con el esceptismo. El empírico racional se apodera de los preceptos prácticos sentados por sus predecesores; admite los hechos que le suministra su propia esperiencia; y en vista de los hechos particulares, establece principios generales por medio de la induccion: el escéptico no admite principio alguno y niega la certeza de los hechos; puesto que rechaza todo criterio de verdad. El empírico pone en práctica la duda filosófica; el escéptico adopta en todos los casos una duda que bien pudiera calificarse de ilógica. Mas claro; entre el empírico y el escéptico media la misma distancia que entre Descartes y Pyrron.

El escepticismo es el arma mas terrible que se ha asestado contra la Medicina; y lo peor es que no solo la han esgrimido personas profanas á la ciencia; sino que tambien se han valido de ella algunos de sus propios hijos. Conviene por lo tanto establecer una diferencia entre unos y otros; porque si los primeros, á quienes podríamos calificar de *escépticos vulgares*, no merecen otra refutacion que el silencio; los segundos, á quienes podríamos denominar *escépticos científicos*, exigen que se destruyan con

razones los argumentos en que han fundado su falta de creencias.

Y en efecto ¿qué contestacion merecen los hombres que, sin conocer la Medicina y sin haberla ejercido, han lanzado sus anatemas contra la ciencia fundados solo en los desaciertos que suponen en los que la profesan? ¿Qué se diría de nosotros si de los errores en que incurren los hombres científicos quisiésemos deducir la falsedad de todas las ciencias? Y no se diga que entre los escépticos vulgares se cuentan hombres que gozan de una justa celebridad; porque si ellos nos presentan á un Caton (1), á un Moliere (2), á un Rousseau (3), á un Feijoo (4), y á algunos autores contemporáneos, que han lanzado el ridículo sobre la clase médica; nosotros podriamos citarles textos de los libros sagrados (5), del primer orador romano (6) y de varios filósofos moder-

(1) Caton escribía á su hijo estas palabras: «ellos (los griegos) han jurado entre sí matarnos á todos los bárbaros por medio de la medicina..... En fin, acordaos que os he prohibido los médicos.» (*De re rusticá.*)

(2) Este célebre poeta francés atacó terriblemente á los médicos en varias de sus producciones y en particular en las comedias tituladas: *Le malade imaginaire* y *Le médecin malgré lui*. Esta última fué arreglada posteriormente á nuestra escena por Moratin con el título de *El médico á palos*.

(3) Rousseau en varias páginas del *Emilio* y en especial en el lib. I ha llegado á decir, que la *Medicina es perjudicial al linage humano*.

(4) En varias partes de su *Teatro crítico* y de sus *Cartas críticas*.

(5) *Honora medicum propter necessitatem, etenim illum creavit Altissimus*. Eclesiástico cap. XXXVIII, v. 1.

(6) Ciceron en una de sus obras ha escrito estas sublimes palabras; *hominibus ad Deos nullá re proprius accedunt quam salutem hominibus dando*.

nos que han colocado á los médicos á una altura extraordinaria. El ridículo es el arma de que se valen los que carecen de argumentos ; pero es un arma que de rechazo hiere á los que la emplean. La mayor parte de los que han declamado contra la Medicina y los médicos, no han tenido mas recurso que fiar sus vidas á la ciencia y á los hombres que se habian complacido en satirizar. La Medicina está tan segura de las verdades que encierra , que no teme , no , antes desea presentar su faz descubierta á todo el mundo. Tiempo hace ya que se rasgó el velo del templo de Epidaurro y que sus puertas están franqueadas á todos los que quieran iniciarse en sus misterios. Ocioso es por lo mismo que me empeñe en defender á nuestra ciencia de unos dardos que no la han de herir, y mas vale que emplee el tiempo en deshacer los argumentos de los escépticos científicos.

Uno de ellos, el mas autorizado tal vez, el distinguido historiador de la Medicina Kurt-Sprengel ha escrito unas palabras que son la mas fiel espresion de la falta completa de creencias científicas. « El escepticismo en Medicina, ha « dicho , es el colmo de la ciencia, y el partido mas acertado « consiste en mirar todas las opiniones con ojos de indiferencia sin adoptar ninguna (1). »

¿Se quiere una fórmula mas concisa y terminante del escepticismo médico?—Afortunadamente el mismo Sprengel

(1) Sprengel: *Histoire de la Médecine*: trad. par Jourdan. Paris, 1815, tom. 1, p. 10, 11. UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0609

ha borrado con sus hechos su extraño aserto ; pues es imposible que no hubiese visto mas que incertidumbre en nuestra ciencia el hombre que consagró algunos años de su vida y las mejores páginas de sus obras al desenvolvimiento del progreso por que ha caminado desde su origen hasta nuestra época. No: el escepticismo no es el colmo de la ciencia, sino su anulacion; y la duda no es el último grado de saber en Medicina, sino su principio, su fundamento, su punto de partida. El médico que se decidiese á abrazar las ideas de aquel erudito historiador, se ataría él mismo las manos para dedicarse al ejercicio de la profesion ; porque no adoptando ninguna idea teórica, mal podria trasladarla al terreno de la práctica.

Pero, dicen algunos ; ¿qué fé podeis tener en la ciencia de la organizacion, si ignorais la esencia de las fuerzas que rigen el organismo? ¿Cómo quereis curar las enfermedades si os son desconocidas su naturaleza ó sus causas próximas?

Objecion es esta que á primera vista impresiona profundamente ; porque en realidad nada sabemos acerca de la esencia íntima de las causas primeras. Pero sí sacamos la cuestion del terreno de la Medicina, y la trasladamos al de las demás ciencias ¿nó podremos presentar á nuestra vez la mismo objecion? ¿Sabe acaso el físico en qué consiste la esencia de las fuerzas que rigen á la materia? ¿Sabe el químico lo que es la *afinidad*? —Lo que ambos conocen son hechos de los que, á beneficio de la abstraccion, se han remontado á las causas y les han dado una denominacion con-

vencional. El químico ha visto que el cloro y el hidrógeno puestos en contacto se combinaban y daban lugar á la formación de ácido hidrocórico; y á este hecho conforme con otros muchos, le ha considerado como efecto de una causa á que ha dado el nombre de afinidad.

Pues bien, en igual caso se encuentra la Medicina: conoce hechos y leyes. Y no necesita tampoco saber otra cosa, ni aunque quisiese lo conseguiría; porque al querer averiguar la causa de un hecho, se encontraría con otro hecho y así sucesivamente hasta que fuera á parar á la causa oculta de todos los fenómenos que pasan en el universo. ¿Que le importa al médico saber la causa íntima de la fecundación, si lo que le interesa es conocer los hechos que preceden, acompañan y suceden á esta función conservadora de la especie? ¿Qué provecho sacará de saber la causa íntima de una pulmonía, si le basta con estar enterado de los síntomas que la caracterizan, de las lesiones que la acompañan y de los efectos que producen aquellos medios que aconseja la ciencia para conducir al enfermo á una pronta y segura curación?—Si algunas causas hemos de conocer son aquellas que forman parte de los precedentes de la enfermedad y que se manifiestan por sí mismas ó por sus efectos. En los envenenamientos, por ejemplo, lo que conviene saber es la sustancia nociva que ha entrado en el organismo, y esta ya se nos pondrá en evidencia bien sea por la relación del enfermo, ora por el análisis, ya tal vez por los efectos patológicos que habrá producido en la organización. Y porque en este caso ignoramos la causa oculta por

la cual la sustancia venenosa puesta en contacto del tubo digestivo da lugar á graves desórdenes ; deberemos confesar que la Medicina carece de certeza , siendo así que conocemos el efecto que produce, y sabemos perfectamente el contraveneno que se ha de usar para que, administrado á tiempo, restituya al organismo á su situacion normal?

¿Y qué diremos de lo que se refiere á la ignorancia en que nos encontramos acerca lo que se ha convenido en llamar naturaleza de la enfermedad? ¿Es acaso la naturaleza de una afeccion otra cosa que una palabra con la que expresamos por una pura abstraccion el desarreglo de los elementos vitales que se manifiesta por medio de los síntomas? Con la palabra *apoplejía*, por ejemplo, comprendemos todos los fenómenos que aparecen en el organismo cuando en el encefalo se ha verificado un derrame, y que son la expresion del desarreglo de los elementos vitales. Pregunto, pues, ahora, indagar la naturaleza de la apoplejía ¿es acaso otra cosa que empeñarse en conocer la naturaleza de esa palabra, la esencia de una mera abstraccion?

Véase, pues, como el ignorar la esencia de las fuerzas que rigen el organismo, las causas primeras y la naturaleza de la enfermedad, nada prueba contra la certeza de la Medicina, á la cual, como ciencia de observacion, lo que le interesa y lo que le basta es adquirir hechos, indagar el enlace que tienen unos con otros, y determinar el orden con que se producen y suceden.

Pasemos, pues, á otra objecion. La gran prueba, dicen los escépticos, de que la Medicina carece de certidumbre,

es el cambio continuo que desde su origen hasta nuestros días han experimentado sus sistemas y teorías.

Preciso es reconocer la exactitud que encierra la última parte de este argumento; preciso es convenir con Renouard « que la Medicina como ciencia ofrece la imágen de una re-
« pública entregada á muchas facciones rivales que dominan
« alternativamente sin reinar jamás de una manera comple-
« ta (1); » preciso es conceder con el mismo autor que « la teo-
« ria es una arena de discusiones interminables , una verda-
« dera torre de Babel , la manzana de la discordia para los
« médicos (2). » Pero ¿que prueba esto contra la certeza de la
ciencia que profesamos? El cambio continuo de las teorías
y sistemas ¿no es una condicion inherente á todas las cien-
cias que se fundan en los experimentos , en la observacion
y en el racionio? La medicina al igual de todas las cien-
cias naturales camina siempre hácia un progreso indefini-
do, y por lo mismo nada tiene de estraño que las teorías que
ayer se tenian por admisibles, pasen mañana á la categoría
de hipótesis absurdas. La teoría de la electricidad voltáica
pasó ya en vida de su autor por una larga série de varia-
ciones, y no son pocas por cierto las que ha venido sufrien-
do desde aquel tiempo hasta nuestros días; y sin embargo,
nadie ha puesto en tela de juicio la certeza de aquel fenó-
meno. El calórico , el lumínico , la electricidad y el magne-
tismo mirados por muchos años como flúidos enteramente

(1) Renouard: *Histoire de la Médecine*: tom. 1 p. 6.

(2) Renouard: loc. cit. tom. 1 p. 6. *UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0609*

distintos, están poco lejanos de ser considerados como idénticos; y nadie ha pensado tampoco en dudar por un momento de la certidumbre de la ciencia que los estudia. ¿Qué extraño, pues, que la Medicina siga la senda que han emprendido sus ciencias hermanas? ¿Qué tiene de particular que ayer la clorosis, —último baluarte del yatro-quimismo,— fuese considerada como resultado de la falta de la cantidad normal de hierro en la sangre, y hoy se presuma por algunos, —afiliados cabalmente en la escuela química,— que no es mas que un vicio de la digestion (1)? ¿Esta diversidad de teorías tiene alguna influencia marcada y profunda en el tratamiento? De ninguna manera, porque aunque cambien las teorías relativas á la clorosis, su tratamiento estará, como ha estado hasta el dia, enteramente fundado en la administracion de los tónicos reconstituyentes. Mucho han variado y mucho variarán tal vez las teorías que se refieren á la sífilis; pero su tratamiento siempre ha estado basado en la medicacion alterante y en especial en el empleo de los mercuriales y de los yódicos. Por mas que hayan cambiado los sistemas, por mas que hayan variado las teorías, los principios fundamentales de la práctica han subsistido incólumes desde Hipócrates hasta la actualidad. Los hechos bien adquiridos en la ciencia han sido admitidos por todos los grandes prácticos sin la menor escepcion, y si en algo han disentido es en el modo de enlazarlos y de teo-

(1) Cl. Bernard: *Leçons faites au collège de France*, publiées par l'Union médicale 1854.

rizar sobre ellos. Y ¿sabeis por qué? Por el poco acierto con que algunos han pretendido acomodar los hechos á las teorías, en lugar de fundar las teorías sobre los hechos: han querido forzar á la naturaleza y esta se ha escapado á su observacion.

Pero, dicen los partidarios del escepticismo, no es lo malo que cambien las teorías y sistemas, lo peor es que los médicos disientan de una manera tan completa en la cabeza del enfermo.

Preciso es confesar la poca razon en que se apoya este argumento, porque las opiniones mas diversas á primera vista, bien examinadas tienden las mas de las veces á un mismo fin. ¿Qué cosa mas opuesta, en efecto, que la prescripcion de la sangría y del emético á altas dosis en el tratamiento de una neumonia? Antes que Rasori hubiese publicado sus trabajos y su doctrina ¿nó hubiera parecido que ambos planes terapeuticos eran incompatibles? Y sin embargo, el mundo médico admite en el dia que la sangría y el emético conspiran á un mismo fin, á pesar de obrar la una como antiflogística y el otro como contra-estimulante. No hay que dudarlo: los prácticos de buena fé que poseen conocimientos sólidamente cimentados, por mas divergentes que parezcan, concluirán siempre por encontrarse en un mismo punto, porque van guiados por aquellos criterios de verdad que constituyen la certeza de nuestra ciencia.

La objecion mas fuerte que han hecho los escépticos para atacar la certidumbre médica, se funda en las equivocaciones que alguna vez sufre el práctico en el diagnóstico y

pronóstico de las enfermedades. Como el diagnóstico y pronóstico dicen ellos, son la consecuencia de las premisas que habeis sentado antes, es claro que la falsedad de la consecuencia arguye necesariamente inexactitud en las premisas.

Al contestar á este argumento, debemos empezar por decir que el diagnóstico y pronóstico no son el resultado de un silogismo, sino de una série de racionios. Para diagnosticar una enfermedad no basta que el médico se fije en los síntomas, sino que tambien ha de pararse en los hechos que precedieron á su aparicion; y para formular el pronóstico y el tratamiento, es preciso tener en cuenta la edad del enfermo, su sexo, su temperamento, su constitucion, su idiosincracia y tal vez alguna diátesis que domine en el organismo. Mas aun, es indispensable que se fije en la estacion del año, en el clima, en la naturaleza geológica del país y en la constitucion médica reinante. Debiendo, pues, fundarse en tantas y tan variadas premisas, ¿no es muy fácil que descuide alguna ó que la aprecie mal, y que por lo tanto resulte inexacta la consecuencia que deduzca?

Este argumento de los contrarios lo mas que prueba es la inmensa dificultad de que está rodeada la práctica de la Medicina; pero de esto á deducir que en ella no hay mas que incertidumbre, media una distancia asombrosa. Las ciencias médicas están realmente llenas de dificultades; pero esto no autoriza para que se las considere faltas de verdad. Ya lo comprenden así los mismos que presentan esta objeccion especiosa; porque en el mismo enunciado del argumento han

envuelto su mas completa refutacion. Con solo decir que los médicos cometen equivocaciones suponen que se separan de la verdad, y al sentar que se separan de la verdad, es claro que reconocen que la certeza es una de las circunstancias que concurren en la Medicina.

Véase, pues, la falta de fundamento de los que pretenden sostener que las ciencias médicas carecen de certidumbre. El escepticismo médico es tan absurdo como el filosófico y el religioso: «El escepticismo puro, diremos con »Renouard (1), es imposible para el práctico que á cada »momento se halla en el caso de tomar una resolucíon de la »que depende la vida de su semejante.» El escepticismo puro es perjudicial para el enfermo, porque de poco servirán los medicamentos que le propinemos, si carece de la confianza que, segun la feliz espresion de un distinguido médico aleman (2), «es un remedio que vale tanto como la quina ó el »hierro.»

Sí, la medicina tiene su grado de certeza, y si se la despojase de él, desaparecería del catálogo de las ciencias. Pero, apesar de ello, está muy lejos de alcanzar el grado de certidumbre matemática que le han atribuido algunos autores modernos. Justo es, por consiguiente, que ya que hemos combatido el escepticismo, sujetemos ahora á un rápido exámen las aserciones de los partidarios del método

(1) Loc. cit. tom. 1 p. 8.

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0609

(2) Feuchtersleben. *Higiene del alma*: trad. de D. P. F. Monlau.

numérico, porque este exámen nos conducirá directamente á averiguar el grado de certeza de la ciencia que profesamos.

Al proponerme examinar con la severidad de la crítica el método que se ha convenido en llamar numérico, y que mas que á nadie debe atribuirse al distinguido profesor francés M. Louis, no pienso atacar en lo mas mínimo la aplicacion de la estadística á la higiene, á las cuestiones de mortalidad, ó á aquellas que se refieren á la predileccion que manifiesta una enfermedad por tal sexo, por tal edad, ó por tales ó cuales temperamentos. Mis argumentos se han de dirigir tan solo contra la aplicacion de la estadística á la terapéutica, es decir, contra la aplicacion de los resultados numéricos á la eleccion del tratamiento mas adecuado para la curacion de una dolencia determinada.

Un publicista contemporáneo ha dicho con razon, que la estadística «es una ciencia que contiene cálculos y argumentos para todas las causas aunque sean diametralmente opuestas (1);» y casi me atreveria á asegurar que á nada puede aplicarse mejor esta espresion que á la estadística clínica. No hay mas que examinar los diferentes planes terapéuticos que han sido adoptados por varios autores,—por otra parte muy respetables,—para el tratamiento de una misma enfermedad, y se verá que fundándose todos ellos en la

(1) Reybaud: *Etudes sur les reformateurs ou socialistes modernes*: 6 edition: t. 2 p. 48.

estadística clínica, cada cual saca por consecuencia que su método es el que ha arrancado mas enfermos á la tumba. Y ¿qué indica esto, sino la exageracion del método que ellos mismos han tratado de preconizar? ¿A qué conducen estos resultados numéricos, si los de un autor quedan neutralizados por los de otro, y si por lo mismo, despues de examinarlos todos, nos quedamos en la mas completa incertidumbre?

Los preceptos terapéuticos deben fundarse en hechos; pero no en su número, sino en la exactitud y en la importancia de los mismos. Las observaciones, como dijo Morgagni, no deben contarse sino que han de pesarse (1); porque habla mas alto un caso de pulmonía grave y bien comprobado combatido con la sangría, que diez casos de neumonias poco graduadas que se hayan sugetado á un plan expectante.

¿Y cómo seria posible fundar la terapéutica sobre resultados numéricos? ¿Es acaso la estadística otra cosa que una ciencia basada en la adición y en la sustracción? ¿Y puede resolverse ninguna de estas reglas de aritmética sin que los datos sean homogéneos? ¿Cómo se quiere, pues, resolverlas tratándose de enfermos de diferente edad, de distinto temperamento y de diversa constitucion en cada uno de los cuales la dolencia se presenta en un grado diferente de gravedad y con variadas complicaciones?

Claro es, por consiguiente, que partiendo la estadística clínica de principios tan heterogéneos, los resultados tera-

(1) Non numerandæ sed perpendendæ sunt observationes.

peúticos que de ellos se deduzcan han de ser por fuerza completamente inciertos. Sí, la exactitud matemática que algunos autores han pretendido dar á la terapéutica no es mas que una utopia ; porque « de un número, como dijo Broussais, nunca podremos sacar otro resultado que un número. »

Pero si la certidumbre médica no se encuentra en el método numérico ; en dónde la encontraremos ? Esta es naturalmente la cuestion que se nos presenta al llegar á este punto, y esta es la última dificultad que probaré de vencer, entrando por breves momentos en algunas consideraciones filosóficas que creo indispensables.

La *certeza* en Medicina, como en todas las ciencias, es el convencimiento íntimo y profundo de la posesion de la verdad. Admítense en filosofía tres clases de verdades, á saber, los axiomas, las verdades adquiridas por la deducción y las verdades de hecho. En Medicina no hay, ni puede haber, *axiomas* ; porque todas las verdades que encierra están basadas en la observacion y en el racionio. La ciencia médica encierra muy pocas *verdades de deducción*, y aun todas ellas son deducidas de los principios generales establecidos sobre hechos particulares por medio de la induccion. Lo que contiene nuestra ciencia son infinidad de *verdades de hecho* adquiridas y basadas en el testimonio de los sentidos, en la esperiencia, en la analogía ó en el testimonio humano. El *testimonio de los sentidos*, falaz algunas veces, es el fundamento de la observacion. La *esperiencia* es la base de todas las operaciones de las ciencias prácticas, es el empirismo en bruto que despues la ciencia

se encarga de ensanchar y perfeccionar. La *analogía* es una experiencia que se ejerce sobre hechos semejantes, y que por lo mismo exige un número mucho mas considerable de ellos para producir un convencimiento completo. Por fin *el testimonio humano* es la experiencia de los siglos y de las generaciones, es el resultado de los trabajos y de la práctica de los hombres que nos precedieron en el estudio y en el ejercicio de la ciencia. Pues bien, estos son los criterios de que se vale la Medicina, estas son las verdades que encierra, este es el grado de certeza que nadie le podrá negar.

¿Y qué escuela médica es la que mejor ha puesto en práctica estos principios, y la que por consiguiente posee mayor grado de certidumbre? ¿Cuál es la que puede contestar en voz mas alta á los argumentos del escepticismo?

Tal vez me equivoque; pero creo que ninguna reúne mejor estas cualidades, ninguna se vale mejor de aquellos criterios que la *escuela empírica-racional*. No hablo aquí del empirismo de Philino de Cos y de Serapion de Alejandría, no hablo del empirismo que rechaza todos los sistemas y teorías, no hablo del empirismo que no quiere mas que hechos descarnados;—me refiero al empirismo racional que no desprecia los experimentos, sino que se aprovecha de ellos; me refiero al empirismo que no rechaza las teorías, sino que las considera como el enlace que el práctico establece entre unos hechos y otros; me refiero al empirismo que no mira de reojo los sistemas científicos, sino que solo ve en ellos el deseo de reducir á pocas palabras los princi-

pios mas elevados de la ciencia ; me refiero , en fin , al empirismo que está cimentado en la observacion clínica , en el experimento , en la analogía , en la historia y en la induccion. Y mi convencimiento procede de la persuasion que tengo de que la certidumbre médica se funda en verdades de hecho , y de que ningun sistema se vale de mejores criterios para encontrarlas , que el empirismo racional.

He llegado al término de mi discurso , y de lo que en él he espuesto , creo poder deducir legítimamente las siguientes conclusiones:

1.^a Los argumentos en que se apoyan los escépticos para sostener que la Medicina carece de certidumbre , son de ningun valor ;

2.^a La verdad es patrimonio de la ciencia médica ;

3.^a Ella carece , no obstante , de la exactitud de las ciencias matemáticas ;

4.^a La Medicina posee sobre todo verdades de hecho ;

Y 5.^a El sistema que mejor conduce á la adquisicion de estas verdades es el empirismo racional.

Importa , pues , que el médico tenga fé en la ciencia que Dios colocó en sus manos para bien de la humanidad , porque solo creyendo en ella podrá darle la importancia que se merece ; conviene tambien que crean en ella los infelices

enfermos , y que sin dejarse seducir por las declamaciones de los escépticos , ni por las halagüeñas promesas de los que atribuyen á la ciencia médica un poder ilimitado , estén persuadidos de que la Medicina cura con frecuencia , á menudo alivia y siempre consuela.

HE DICHO.

Madrid 18 de Octubre de 1860.



UVA. BHSC. LEG. 08. 1. 20509

enfermos, y que sin dejarse seducir por las declamaciones
de los escépticos, ni por las halagüeñas promesas de los que
atribuyen á la ciencia médica un poder limitado, estén per-
suadidos de que la Medicina cura con frecuencia, á menudo
alivia y siempre consuela.

El doctor.

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0609

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0609

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0609